

G. C. ALLEN: *La Industria Británica*. Publicado para «The British Council» por Longmans, Green and Co., Londres, 1948. Versión castellana, 55 págs.

El profesor G. C. Allen nos ofrece en este trabajo una breve y concisa síntesis de la evolución histórica y estado actual de la economía industrial británica. Tiene esta monografía un carácter de divulgación y propaganda, sin que ello redunde en detrimento de su seriedad científica. Dado su carácter, está concebido y desarrollado en términos de sencillez y amenidad sin caer en el peligro de datos numéricos y cuadros estadísticos, ni apartarse del criterio objetivo propio de su autor.

Realza los factores que determinan el orto de la Revolución industrial en el país británico y examina brevemente el desarrollo de la potencialidad industrial de Inglaterra, no limitándose al estudio de los problemas típicamente industriales, sino haciendo hincapié en los aspectos de la vida económica británica, tan ligados a su desarrollo industrial como son su comercio exterior, política comercial,

mano de obra, régimen de seguros, localización, etc.

Examina, primeramente en su conjunto y luego detenidamente, la estructura industrial británica, y pondera el verdadero significado económico de las distintas industrias británicas, tanto las extractivas, textiles y metalúrgicas, como las simples actividades artesanas de gran tradición que han subsistido al lado de la gran industria pesada.

No descuida la exposición de la organización industrial y explica la función de la industria británica en la pasada contienda, la adaptación de la economía industrial de guerra a la de paz, así como los problemas que tiene planteada actualmente y las perspectivas futuras.

Unas fotografías bien logradas ilustran la obrera, que logra plenamente el fin propuesto. La versión es correcta y la edición esmerada.

ROGER BIGELOW MERRIMAN: *Solimán el Magnífico*. Trad. por H. Caprile, h. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A.

Con ser la época de Solimán el Magnífico uno de los momentos de los anales de la Humanidad más fecundos en monarcas sobresalientes

—Carlos V, Francisco I, Enrique VIII— por su habilidad, sólido dominio y prolongada permanencia en el poder, el sucesor de Selim el

Terrible se nos presenta todavía, a cuatro siglos de distancia, como la figura más grandiosa y compleja del Imperio otomano. La lejanía del paisaje histórico ha hecho olvidar demasiado su significación de forjador de un imperio, señor del Mediterráneo, terror de la Cristiandad y pretendido sucesor de Augusto y vicerregente de Dios por sus títulos de Kaisar-i-Rum y Padishah. Debido a la poca atención que le han dedicado los historiadores modernos, parece a menudo enigmática la política de la Europa occidental durante la primera mitad del siglo XVI, en la que la influencia de Solimán dejó tan profunda huella.

Situarlo en su verdadero clima de guerrero y estadista, fué durante años la intención del profesor americano Archibald Cary Coolidge. Sus trabajos, interrumpidos por la muerte, en 1928, han sido reanudados y completados por su amigo Roger Bigelow Merriman, profesor de la Universidad de Harvard, ya conocido antes por su vasta obra sobre el Imperio español. La presente biografía acusa, por consiguiente, el carácter de una refundición o modificación de los manuscritos originales de Coolidge: sólo los capítulos VII y VIII —destinados a historia interna e íntima— y el XII, el último, son totalmente de Merriman. Se ha conseguido, no obstante, a lo largo de la narración, una perfecta estructura orgánica de fondo y estilo.

Dada la personal convicción de Coolidge, compartida por su amigo Merriman, y particularmente el mismo sentido de la vida de Solimán el Magnífico, estas páginas son, en gran parte, relatos de guerra, política y diplomacia. Se imponía aquí esencialmente la que ha sido llamada «historia de tambores y clarines», en la creencia de que los aspectos constitucional, económico, social y psíquico carecen de significado faltando la base épica. La tarea política es, sin duda, la nota fundamental de la azarosa vida, esmaltada por los nombres de Belgrado, Rodas, Mohacs, Viena, Persia, India, Abisinia, Malta y Szi-

get, del sultán legislador y belicoso que en su décimotercera campaña —la de Sziget— muere de pie, como Vespasiano había dicho que debía morir un emperador.

Tan interesante como la transformación del reino otomano en imperio, pero inmensamente más dramática, es la rápida marea que precipitó tanta grandeza a la muerte de su creador —a mucha mayor velocidad que en el caso occidental del Imperio español. En realidad, los turcos no volverán a mostrar su vigor hasta los días de la república y de Mustafá Kemal. Nadie podrá dar una respuesta definitiva a este contraste; Merriman atribuye los desastres que sobrevinieron después de la muerte de Solimán a su política equivocada respecto a los miembros de su familia. Hombre independiente toda su vida, tuvo que ceder finalmente Solimán a la influencia de Roxolana; y en ésta recae toda la responsabilidad de los miserables reinados de Selim el Borrachín y de Murad III, contra los que debía estrellarse la energía del gran visir Mohamet Sokolli, el más capaz de los colaboradores del gran Sultán.

Para la redacción de esta biografía han acudido los autores, no sólo a las obras fundamentales de la historia turca debidas a Lybyer, Stripling, Hammer, Zinkwisen o Iorga, sino a las descripciones de la Turquía contemporánea de Solimán contenidas en las cartas de Busbecq, a las relaciones antiguas de Giovio o Alberi, a las fuentes originarias latinas y turcas y aun al mismo diario de Solimán. Sigue a los doce capítulos que integran el libro, una interesante nota sobre la iconografía de Solimán y una exposición bibliográfica general y particular para cada uno de los apartados. La traducción se desenvuelve en las mismas normas que caracterizan a estas obras que nos llegan de la Argentina: dialectalismos innecesarios, incorrecciones sintácticas, anarquía en la transcripción de nombres propios («Abbaside», «Nicaea», «Cantacuzenus», «Palaeologi», «Sardinia», «Adrianople», «Euboea», etcétera).

J. E. CASARIEGO: *Historia del Derecho y de las Instituciones marítimas del Mundo Hispánico*. Vol. I: *Castilla*. Biblioteca Moderna de Ciencias Históricas. Sección II: *Estudios Marítimos*. Madrid, 1947. 291 págs.

Forma parte este primer tomo de una obra más extensa, de la que el autor promete continuación en otros tres tomos más que abordarían la materia institucional marítima en Aragón y Portugal, en el Imperio español (con las Indias), en la Edad Contemporánea (España-Portugal y países hispanoamericanos).

Terreno, éste de las Instituciones marítimas, poco trillado por los historiadores españoles, no es extraño que Casariego nos advierta de la forzosa limitación a que su obra se somete. Sin embargo, el autor aclara: «La masa de documentos y la complejidad de los factores que el tema ofrece, y que conozco y tengo registrados, piden también un largo quehacer de crítica y de método expositivo al que un día dedicaré mi atención casi absoluta». Y corroborando su intención, insiste: «La experiencia de varios libros publicados me ha venido demostrando que la mejor manera de perfeccionar una obra de esta clase es sacarla a la luz, recoger los comentarios favorables y adversos e insistir en sucesivas ediciones o refundiciones».

Con semejante criterio, sale Casariego al paso de los reparos fundamentales que acaso pudieran hacerle a esta obra suya. El lector exigente querría, entre otras cosas, que Casariego, en vez de afrontar sus tesis personales sobre el almirantado, por ejemplo, trajese, en debido escalonamiento, el relato de los hechos, tal cual aflorasen de los documentos correctamente confrontados, según los cuales la institución del almirante echa a andar y se perfecciona en los siglos del Medievo. Cuando se penetra en un terreno histórico escasa o nulamente desbrozado, vale más tal vez al historiador legítimo analizar que deducir. El método que ha elegido Casariego, sobre todo en los primeros capítulos de

esta obra, adolece de excesivamente sintético.

En 217 páginas de texto —las demás vienen ocupadas por una selección de documentos— es imposible narrar, ni por encima, con mediado rigor científico, todo el cúmulo de instituciones marítimas que nacen o se consolidan desde los siglos XIII al XV, inclusive, época que abarca este tomo. Y así acaece que Casariego, en caso de tener que optar entre varias tesis posibles, escoja aquella que más le agrade, sin convencernos de su razón. Es lo que le pasa cuando discute si el Primer Almirante de Castilla —Ramón Bonifaz— era o no castellano de origen, concretamente, de Burgos. Casariego se decide, sin traer prueba alguna, por el origen burgalés (pág. 67, nota), cuando el solo apellido Bonifaz debiera ponerle en guardia, pues su morfología fonética es italiana. Efectivamente, el primer almirante de Castilla no era de sangre castellana, según parecen demostrarlo recientes hallazgos, sino marsellesa. Y de ese modo se explica que entre los 17 cómitres o capitanes de navío de que hay testimonio formaban parte de la escuadra de Bonifaz, varios de ellos —no menos de siete— tengan apellidos francoitalianos.

Y que el nombramiento de Bonifaz no debió ser bien acogido por los marinos españoles contemporáneos se deduce de cierto poema de Payo Gómez Charriño —el ducho y bravo nauta pontevedrés— en que, irónicamente, hace a su amada prorrumpir en gritos de júbilo porque su amante —Payo Gómez Charriño— no ha sido nombrado almirante del mar.

No se olvide que Gómez Charriño y Ruiz de Avilés fueron los verdaderos héroes de la conquista de Sevilla. Pero Bonifaz era —acaso por sus contribuciones dinerarias de rico mercader— el valido de la Corte. Y

quién sabe si esta política de encomendar sistemáticamente el mando naval a manos mercenarias, primero, y —siglos más tarde— a títulos nobiliarios, no fué la causa radical del fracaso histórico de nuestra escuadra. Distinta fué la conducta de Inglaterra, y, antes, la de Venecia y la de Génova. Nada menos que cuatro almirantes extranjeros tuvo en sus primeros tiempos la Marina de Castilla: Bonifaz, Zacarfa, los dos Boca-negra.

La lectura, no obstante, de este libro de Casariego, deja en el ánimo gratas sedimentaciones. Es de desear que una rama de la historiografía cual la Náutica, tan descuidada entre nosotros, a pesar de contar con iniciadores tan meritorios como Navarrete, Fernández Duró y Saralegni, atraigan hacia ella la curiosidad y el entusiasmo de las generaciones jóvenes. Casariego ha tirado por el camino más enmarañado, por el de las instituciones jurídicas navales.

P. CEÑAL, S. J.: *Filosofía española y portuguesa de 1500 a 1650*. Repertorio de fuentes impresas. Junta del Centenario de Suárez. Madrid, 1948. Ministerio de Educación Nacional.

Con motivo de cumplirse los cuatrocientos años de la muerte del filósofo español Francisco Suárez —1548-1617— la Junta del Centenario, patrocinada por la Dirección General de Propaganda del Ministerio de Educación Nacional, celebró una exposición bibliográfica en nuestra Biblioteca Nacional. Tanto para servir de guía a los visitantes, como para dejar constancia impresa del gran tesoro de libros, impresos en su mayoría en España y en Portugal —entre 1500 y 1650—, referentes a filosofía y a teología, se ha publicado en

octubre del pasado año un notable *catálogo*, redactado por el reverendo Padre Ceñal, S. J., bien conocido entre nuestros cultivadores del pensamiento filosófico. Comprende el *catálogo* 1.243 fichas. Lo ilustran XLVIII láminas. Como advierte el P. Ceñal, las fichas no son meramente bibliográficas, pues van acompañadas de observaciones y noticias pertinentes. El libro, excelentemente impreso, es un instrumento imprescindible para el historiador, y aun para el mero curioso de las cosas españolas.

JOSÉ M.^a DOUSSINAGUE: *Un proceso por envenenamiento. La muerte de Felipe el Hermoso*. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1947.

Con esta nueva obra, amena y apasionante, ha enriquecido el fino diplomático José M.^a Doussinague su ya plural contribución en explicar los diversos aspectos de la época fernandina, una de las épocas más interesantes y discutidas de nuestra historia. La mente aguda de este historiador tiene el mérito peculiar de entrever en aquellos acontecimientos, al parecer meramente anecdóticos, extensos cuadros de vida humana y

actividad política. Aquí, las circunstancias solas de la muerte de Felipe I ofrecen un ancho campo a la investigación y hasta a la aventura de un relato que, en el fondo, parece una historieta de intriga amorosa.

El episodio, tan poco conocido como rigurosamente histórico, de la gentil e intrépida doña María de Fonseca, forma, en realidad, el nervio de la narración de Doussinague;

pero no pasa de ser un pretexto ilustrativo sobre el conjunto del cuadro, en el cual cobran relieve, accidental o sustancialmente, figuras tan acusadas como César Borgia o Luis XII, Fernando V o Isabel la Católica, Cisneros o el Duque de Alba, y acontecimientos tan vigorosos como el encuentro de Fernando con el Archiduque en el Remesal y su último encuentro en Renedo, o el vertiginoso descenso del Tesoro y la transformación de un mero pleito amoroso en dos bandos poderosos, capaces de entregar el orden público al capricho del más audaz, y aun de producir una subversión en el gobierno.

Nuevamente Doussinague, al cristalizar en simple expulsión del suegro la tirantez existente entre él y su yerno el Archiduque, subraya la perfecta moderación en actos y palabras del Rey Católico. Al salir de Castilla abandonado de todos, caído desde la cúspide del poder hasta el último grado del aislamiento, es cuando Fernando V, como hombre, parece presentarse a nuestros ojos más digno de admiración. Una buena estrella le servía todo en bandeja de plata a aquel Archiduque «rubio y ancho de espaldas, alto y bien plantado, con el gesto acaso un poco añinado y la acogida sonriente, aquel tipo de hombre nórdico que movía a simpatía con su sola presencia», «príncipe de leyenda y flor de lujo» que con su amabilidad blanda y jovial agudizaba la debilidad mental de la pobre Doña Juana, y con su opción por el lado más agradable de la vida iba a destruir los cimientos mismos del Estado. El, que había fomentado el movimiento anárquico de los grandes y nobles de Castilla, debía ser arrollado por la corriente; cuando de golpe, mientras derrochaba alegremente los bienes de su infeliz consorte, sobreviene la muerte del joven monarca.

He aquí el punto central del relato. La muerte inesperada del Archiduque ha excitado la fantasía y la curiosidad de los historiadores. Se ha sospechado de intervención del veneno. La conjetura no puede ser

más natural, si se piensa que el funesto accidente ocurre precisamente en un período histórico estremecido por el azote de César Borgia, que tuvo en el envenenamiento de los personajes peligrosos u odiados una de sus principales armas; a la sazón, la imaginación popular no podía ser más propicia a tales especies; también las gentes hablaron de emponzoñamiento al morir el Príncipe de Viana, consumido por la tuberculosis. En el caso de Felipe I, cuya muerte es inmediatamente posterior a las sonadas y escandalosas disensiones con Fernando V, la insinuación de culpabilidad en ciertos autores españoles y extranjeros se ha concretado en la persona del Rey Católico. Se trata de un absurdo rumor, de una mentalidad rudimentaria, que José M.^a Doussinague presenta como «radicalmente opuesta a la visión general que de aquel problema podía tener hombre de tan claro talento, de tanto dominio de sus pasiones, tan sereno y ponderado como el Rey de Aragón».

Y aclara seguidamente la cuestión por medio de un supuesto proceso, donde al informe de los testigos se suman las acusaciones del fiscal y la defensa de los abogados. El sumario concluiría en sobreseimiento, por no existir sombra alguna de indicio en que apoyar la acusación. El diagnóstico que los facultativos presentaron entonces, perfectamente definido, conserva aún hoy su validez. La muerte se produjo como consecuencia del excesivo ejercicio del rego deportista, lo que produjo un reuma que originó la fiebre; un caso más, en suma —explica Doussinague—, de la epidemia que hacía entonces estragos en el país.

Al cuadro histórico ha aportado José M.^a Doussinague el encanto de su estilo y la ductilidad de su eficacia de narrador. La rotulación, ya de sí pintoresca, de los capítulos, mantiene en la atención tanto del estudioso como del simple lector ocioso, un poder sugestivo. Por encima de todas las peripecias sorprendentes, y a lo largo de este desfile de personas y anécdotas, surge, por

un lado, la sombra de la desgracia de la Reina enferma, que acaba gozándose, roída por los celos, en ver tendido a sus pies al hombre a un tiempo amado y detestado; y, por otro, la dulce silueta de doña María de Fonseca, que finalmente entrega

su corazón a don Rodrigo de Vivar. El pleito, aparentemente baladí, influye decididamente en la vida del país. El Rey Fernando había vuelto a Castilla; don Rodrigo iba a ser uno de los más celosos defensores del Emperador.

PEDRO GUAL VILLALBÍ: *Curso de Política Económica Contemporánea*. Libro segundo: «Política de la producción». Barcelona, Ed. Juventud, 1948 XXI-809 págs.

El ilustre profesor barcelonés don Pedro Gual Villalbí, ha echado sobre sus hombros la ingente tarea de publicar un *Curso de Política Económica Contemporánea*, que, según el esquema actual, comprenderá cuatro volúmenes, algunos de los cuales suponemos costará de varios tomos. La obra es, por consiguiente, de gran envergadura, comparable a las clásicas colecciones alemanas de *Tratados*, que son monumentos destacados en la literatura económica. Esta publicación debe señalarse como signo manifiesto de la madurez a que los estudios económicos han llegado en España, y la toma a su cargo la persona con seguridad en mejores condiciones para escribirla. En efecto, el profesor Gual Villalbí —a quien debemos ya más de dos docenas de volúmenes sobre problemas económicos— es uno de los docentes que no han permanecido encerrados en la campana de cristal de las aulas, simultaneando la investigación teórica con una preocupación constante por las cuestiones reales, en cuya ordenación ha tomado muchas veces brillante y eficaz intervención. Este anhelo de comprobar y hacer fructífera la doctrina gracias a un continuo contraste con los hechos, ha preparado la mente del profesor Gual Villalbí para moverse con soltura desasostumbrada en el movido y difícil terreno de la política económica.

Un primer volumen de la obra apareció ya con el título de *Principios de Política Económica*, y constituye, como indica con claridad su denominación, un tomo introductorio y general

a todo el campo que abarcará la publicación. Nos llega ahora este segundo volumen dedicado a la *Política de la Producción*, acerca del cual haremos una breve reseña aunque su extensión y su profundidad merecerían más amplio comentario.

Cuatro partes fundamentales contiene el libro que nos ocupa: en la primera se analizan los elementos teóricos y prácticos de la producción; en la segunda, el factor de producción trabajo; en la tercera, las políticas agraria, ganadera y forestal, y en la cuarta y última, las políticas minera e industrial.

La parte primera estudia algunos principios generales sobre los que se puede montar la producción nacional, y examina luego los problemas de la propiedad, la empresa, los productos básicos (alimentos y materias primas) y las fuentes de energía (carbón, carburantes y electricidad). Con ello quedan perfilados los elementos esenciales que constituyen los datos de los procesos productivos, y se puede pasar al estudio de la política peculiar de cada rama de producción. El autor ha entendido, sin embargo, que merecía la pena introducir entre estas dos zonas de su libro, un análisis del factor trabajo en la producción, y lo ha hecho, indudablemente, para dar cabida a las modernas preocupaciones de la política de plena ocupación que hoy inundan la literatura económica. No digo yo que el tema no haya de abordarse en un estudio de los vuelos del que comentamos, pero sí me parece que el haberlo traído a colación por este camino,

obliga al profesor Gual a tocar una serie de cuestiones acerca del trabajo humano que se salen un poco del estricto contenido de la política de la producción, entrando en la política social, e interfiriendo así, parcialmente, con los temas de otras partes de la obra total que aún no se han publicado. Con todo, el reproche corresponde al sistema que a través de las indicaciones del autor se ha formado el comentarista, y, bien puede ser que la distribución que criticamos encaje, no obstante, con justeza, en el verdadero plan conjunto del profesor Gual.

Las partes tercera y cuarta se ocupan exhaustivamente de la parte especial de la política de la producción, distribuyendo la materia en las cinco grandes ramas que hemos reseñado.

Como resulta imposible hacer un resumen de tantas cuestiones concretas como las contenidas en las cuatro extensas secciones que hemos reseñado, consideramos más útil señalar algunas de las características salientes de todo el libro.

La primera de ellas, que brota espontánea con la lectura del volumen, es la enorme riqueza de asuntos y problemas reseñados por el autor. En este sentido, la obra tiene el valor inapreciable de sugerir de manera continua nuevas vías de acceso y descubrir nuevos territorios desconocidos o poco colonizados del amplísimo campo de la política económica de la producción, tanto nacional como extranjera. Esta circunstancia pone de manifiesto la verdad de una afirmación hecha más arriba acerca de la especial competencia del autor. Sólo quien ha tomado contacto diario con las realidades económicas puede disponer de un repertorio tan vario y acuciante de problemas, intuir dificultades donde parece que no deben existir, y descubrir fórmulas de solución que llevan la garantía de haber sido medidas por quien conoce el mundo real. Diríamos con esto, que el trabajo del profesor Gual es, eminentemente, *realista*, esto es, preocupado en poner de manifiesto cuanto de verdad sucede en la vida de la produc-

ción. Quien lea sus capítulos sobre los problemas agrícolas o industriales, o las materias primas, etc., etcétera, se enfrentará de manera inmediata con las cuestiones que habría de resolver si quisiera dedicarse a vivir activamente en aquellos campos. Encontrará muchas soluciones a los conflictos que se plantean, y, donde no, las líneas generales de conducta para en cada caso especial llegar a una conclusión según la diversa naturaleza de los datos reales.

Requisito indispensable para el logro de esta destacable cualidad de la obra a que nos referimos es la cumplida información. Sin un seleccionado y completo acervo de datos se camina con dificultad en el terreno de los problemas político económicos. El profesor Gual ha conseguido reunir referencias fidedignas no sólo acerca de las cuestiones tradicionales, sino de las más conspicuas de la hora presente, y con ello su publicación resulta indispensable también para quien se interese sólo por el aspecto puramente descriptivo y estadístico de los problemas. A la información numérica se acompaña, además, la referencia bibliográfica, no ceñida sólo a los libros generales de consulta, sino descendiendo al estudio monográfico, al folleto y al artículo de revista. Es destacable también, en referencia con este aspecto del libro, el esfuerzo por condensar cuantas experiencias políticoeconómicas surcan o han surcado el revuelto mar de la economía mundial en estos últimos años. Con todo, ni aun la mole del libro tolera tanta referencia, y se nos antoja que algunas veces el diseño de las instituciones o las prácticas extranjeras es un poco desvaído.

La segunda característica más acusada del trabajo del profesor Gual Villalbí es su equilibrado juicio al tomar posiciones ante los candentes problemas de la política económica de la producción. Un libro de esta factura y extensión quedaría desarticulado y sin meollo de no estar conducido por una mano que sabe enfocar debidamente los temas y extraer y valorar las consecuencias que de ellos se desprenden. Un libro de política econó-

mica, cuando está escrito por un autor que conoce la realidad y, a la vez, la teoría, es, fatalmente un libro polémico. Lo esencial es que sólo lo sea en la medida justa, porque si no se cae en el otro extremo, y del relato descolorido que hemos apuntado, se pasa al sector de los partidismos, las parcialidades y las ideas preconcebidas. El autor digo que ha conseguido en este espinoso problema un equilibrio que acredita su madurez. A lo largo de las páginas de la obra corre un sano espíritu de libertad para la vida económica, que ya de antiguo constituye la medula del pensamiento del autor, pero en los casos precisos sabe aceptar y dar su importancia a la intervención del Estado u otros organismos en el quehacer económico. Su buen criterio le hace mirar siempre con recelo las grandes y aparatosas novedades que en la última década han asaltado la economía, pero cuando tras meditado análisis descubre lo que tengan de bueno, sea contingente o duradero, no oculta su adhesión. Tampoco oculta, en su caso, la repulsa justificada.

La tercera nota que me parece discernir como esencial en la obra que comentamos es la importancia y ex-

tensión que adquieren en ella los problemas políticoeconómicos nacionales. Aquí ha conseguido el autor un primer esquema, hasta hoy inexistente en la literatura sobre la política económica española de la producción. Y esto no hay palabras bastantes para agradecerérselo, porque cubre, en verdad, un vacío espantoso de nuestra bibliografía. Ciertamente hay estudios selectos en puntos diversos de la producción española, publicados, sobre todo, en estos últimos años, pero nos faltaba una síntesis con sentido general, y Gual Villalbí la ha escrito. Tan fundamental me parece esta sección, que yo creo podría con poco esfuerzo desgajarse del cuerpo del libro para formar una publicación independiente que tendría sus méritos propios.

En resumen: el libro del profesor Gual Villalbí ha de tener segura aceptación en las aulas, pero también será útil para el gobernante y el funcionario, quienes podrán encontrar en sus páginas referencias a casi todas las cuestiones que les asalten en su quehacer cotidiano.

No sería justo olvidar el esmero tipográfico con que el volumen se ha impreso.

PHILIPPE DE FELICE: *Foules en délire. Extases collectives. (Essai sur quelques formes inférieures de la mystique)*. Editions Albin Michel. París. 1947. 401 págs.

El subtítulo de este libro se refiere a la cuestión que ha servido de punto de partida para el método de exposición y de preferencia en la especialización investigadora de su autor. Pero el propósito completo de la obra es interpretar todos los fenómenos de excitación más o menos morbosa producidos en agrupaciones y muchedumbres. Eso tiene posibles derivaciones médicas de carácter psiquiátrico, y a la vez ofrece modos nuevos de enfocar algunas cuestiones políticas y sociales del momento actual, que es muy propicio al predominio de masas y muchedumbres.

Las intensas propagandas por to-

da clase de medios acústicos y visuales, la repetición constante de frases y fórmulas que tienden a ejercer un poder casi mágico de tracción o repulsión, y el culto rendido a ciertas palabras abstractas como «democracia», «progreso», etc., a las que se dota de vida extrahumana, curvan millones de seres en la adoración de poderes brutales que se afirman en las multitudes o las utilizan como instrumentos. Es que de las «foules» puede hacerse brotar una fuerza, una energía que se desprende del conjunto de toda multitud sugestionada. Esa fuerza produce en aquellos de que se apodera y que domina, una

desintegración mental, sustrayendo su psiquismo inferior inconsciente al control de sus psiquismo superior consciente y voluntario. Les somete a influencias oscuras que se propagan por contagio, siendo capaces de paralizar incluso sus funciones orgánicas, sumergiéndoles en un estado de insensibilidad espiritual y moral que es una especie de anestesia. Ese arrastramiento gregario origina la ilusión de un salirse de sí mismo para participar en algo maravilloso.

«C'est bien un recours á l'une des formes inférieures de la mystique que nous placent les mœurs politiques de notre temps». Confrindiendo al Estado un poder casi divino, proclamando las virtudes superiores de un grupo étnico o de una clase social, la política se convierte en una religión o religiosidad con sus pompas y ritos, sus dogmas y su fe. Una religiosidad casi siempre hostil a las Iglesias cristianas, pues toda violencia ciega de impulsos instintivos no puede admitir un fervor que nace de la acción profunda sobre las conciencias.

Los antecedentes más remotos de los delirios colectivos actuales pueden buscarse entre pueblos primitivos del Pacífico, Africa negra, etcétera. Pero las religiones paganas del Antiguo Oriente clásico organizaron esos delirios hasta convertirlos en un sistema ritual sometido a reglas fijas. Los falsos profetas del ídolo Baal y los sacerdotes de las deidades de Siria y Asia Menor (Astarté, Cibele, etcétera) crearon un culto de danzas convulsivas, frases incoherentes, místicas estrepitosas, flagelaciones y heridas voluntarias bajo la sugestión del ritmo repetido y los movimientos simultáneos. Esos cultos se propagaron al mundo greco-romano por los corybantes o coreutas, sacerdotes que dirigían los éxtasis colectivos con sonar de flautas y chocar de armas. Luego fueron los cultos dionisiacos, con sus bacantes en delirio. Y en época cristiana quedaron restos en forma de herejías diversas como el Montanismo frigio, las «epidemias de brujería» y éxtasis demoníacos en Europa medieval, el anabaptismo alemán del siglo XVI, etc.

En las citadas sectas y en otras que este libro detalla, se producía el llamado «état de foule». Ese estado en que el individuo se funde en la masa que le rodea embriagándose de potencia colectiva, se obtenía por medios artificiales. Estandartes de colores violentos, insignias colocadas en todas partes como excitantes visuales que sometían las miradas a choques cuya repetición producía influencia hipnótica, movimientos de antorchas y hogueras en la sombra con la magia del fuego, inscripciones y divisas murales, gritos ritmados y místicos de fuerte percusión con motivos constantemente repetidos.

Todos esos medios pueden aplicarse en nuestros días a fines políticos, utilizando los mayores recursos de difusión intensa que presta la técnica (altavoces, proyectores, rótulos luminosos, radio, etc.) Y para producir el buscado desequilibrio nervioso colectivo ayudan varios factores modernos de dislocación mental, como la concentración de enormes ciudades, la dislocación de los tradicionales grupos familiares sociales y religiosos que ejercían una influencia sedante; el desarrollo del maquinismo, las crisis económicas, etc.

Es falsa, pues, la idea, que muchas veces se expresaba en el pasado siglo, de que existiese una especie de «alma de las muchedumbres» distinta del alma de los individuos que la componían, puesto que los arrastamientos colectivos de esas muchedumbres son producto de una influencia consciente o inconsciente de los sistemas de sugestión. Tamposo es cierto que el «état de foule» sea una forma elemental, un substrato de toda sociedad, pues eso equivaldría a darle a la salud causas patológicas y a buscar en el desorden la base del orden. En realidad, los accesos de fiebre gregaria son enfermedades de los grupos sociales.

Respecto al término de «mística» empleado a lo largo de todo el libro, su autor pone especial cuidado en hacer notar que se refiere al conjunto de medios que intentan buscar artificialmente un «depossession de soi», en cualquier sistema religioso

o filosófico. En cambio, la palabra «misticismo» queda reservada a las formas elevadas de purificación del pensamiento en que lo individual del hombre busca la permanente de Dios, que, como es lógico, no puede ser más que el Dios verdadero del Antiguo y Nuevo Testamento. Ambas místicas, inferior y verdadera, son completamente opuestas, y Philippe de Félice cree que la oposición la señaló ya San Pablo en su «primera epístola a los Corintios».

Por eso, aunque el libro *Foules en délire* incluye un capítulo sobre al-

gunos fenómenos de exaltación colectiva en las peregrinaciones de Lourdes, advierte, y reconoce también, que la Iglesia no tiene oficialmente parte en su nacimiento, pues se esfuerza en mantener las ceremonias dentro de un cuadro litúrgico. Puesto que el arrastramiento gregario es contrario a las enseñanzas de Cristo y en los Evangelios se ve ya cómo el Salvador, durante sus predicaciones, se esforzaba por cortar o reprimir todas las exaltaciones colectivas, en dar a los oyentes y los fieles plena conciencia de sí mismos.

DANIEL HALEVY: *La Vie de Proudhon*. I. 1809-1847. «La Jeneusse de P.», por Daniel Halévy. 1837-1848. «P. J. Proudhon», por Sainte-Beuve. Appendices et Commentaires, por D. H. Editions Stock. París, 1948.

El problema histórico de la biografía ocupa y preocupa a muchos autores. Uno de los primeros y más agudos sobre el particular fué, sin género de duda, Guillermo Dilthey. Entre los muchos fragmentos que Dilthey nos ofrece, destaca uno que lleva este título: «La Biografía», incluido por sus discípulos en el tomo VII de los *Gesammelte Schriften*, y que hoy se insertan, en traducción española, en el tomo titulado *Mundo histórico*. Dice allí el profundo pensador germánico varias cosas. Entre ellas, algunas singularmente certeras. La biografía trata de captar nexos vitales efectivos: todo hombre, en su desenvolvimiento, recibe las acciones del mundo histórico, se va constituyendo bajo ellas y, a su vez, reacciona sobre este mundo histórico. Así, la biografía descubre un centro y opera desde él, teniendo siempre cuidado de no encerrarse demasiado en los límites individuales, pues el horizonte histórico se extiende en todas direcciones. «De esto resulta, concluye Dilthey (op. cit., trad. esp. pág. 275): que la forma artística de la biografía sólo puede aplicarse a personalidades históricas. Porque sólo en éstas encontramos la fuerza para constituir semejante punto central.»

Hasta aquí, Dilthey. Nosotros, frente al libro que comentamos, sacaríamos, además, otras consecuencias, implícitas y dispersas en el mismo pensamiento diltheyano. La primera sería que la biografía tiene, a lo largo del decurso histórico, una variación, a veces imperceptible, otras muy clara, en donde se refleja la distinta visión del mundo de las diferentes épocas. Otra, que muchas veces, la lejanía aumenta la capacidad de visión de los nexos y conexiones efectivos, al haber depurado la estimación de los distintos factores en juego.

Y lo decimos frente al libro que hoy tratamos, porque éste es muy significativo al respecto. Dentro de él se ofrecen dos biografías, fragmentarias ambas, pero que se complementan y que tienen entre sí una diferencia de ochenta años. Una, es de Daniel Halévy, y se titula *La Jeunesse de Proudhon*; otra, es la célebre biografía de Proudhon, de Sainte-Beuve. Completan unos *Appendices et commentaires* del autor primeramente citado. La línea biográfica se quiebra, se reitera a veces, queda, finalmente, inconclusa. Esto, que puede tener sus inconvenientes, tiene también ventajas para el curioso lector. Por lo pronto, constatar la diferencia entre

dos estilos biográficos. En efecto, la visión se ha enriquecido en humanidad ante la pupila certera de Halévy. Casi con los mismos datos capitales, Halévy construye un cuadro, ricamente dotado de color, en donde se dibuja, un poco imprecisamente, de modo impresionista, la juventud de Proudhon. Los factores de familia, de ambiente, de nación, incluso de paisaje, componen el fondo. En primer término, muévase la figura, todavía balbuciente, pero llena de impulso vital, del Proudhon joven. Cuando, después de leer la biografía de Halévy, pasamos a las páginas de Sainte-Beuve, hemos perdido en riqueza humana y nos movemos en el plano, un poco espectral, de la dialéctica de los conceptos. Con una certera visión hermenéutica, va Sainte-Beuve analizando la evolución intelectual de Proudhon. La precisión en la constatación de los textos es perfecta, pero falta a veces la dimensión valorativa exacta. Respecto a esto, hay un detalle casi conmovedor: cuando cita a Carlos Marx, Sainte-Beuve se siente obligado a poner una nota aclaratoria, para decirnos que es un joven judío alemán. En el juego de las dos grandes críticas de la vida económica y social: la francesa, que puede personalizar Proudhon, y la alemana, que representa el materialismo histórico, Sainte-Beuve sólo conoce uno de los factores.

La obra entera, publicada en 1948, sirve a la revisión de figuras y factores que influyeron en la revolución de 1848. En este respecto, ninguna

personalidad tan característica como la de Proudhon. Llena de contradicciones, cargada de pasión, amante de la justicia, teólogo fracasado, que por eso acumula un satánico odio contra la Iglesia, Proudhon se enfrenta con el problema social naciente en su época, diríase que con aire adolescente: disparando utópicos y oscuros remedios. Hegeliano sin saberlo, muy influido por Feuerbach y Strauss, contemporáneo de Renan y de Carlos Marx, todas las corrientes espirituales de la época se entrecruzan en él en confusa mezcla. Su pensamiento pierde en rigor sistemático lo que gana en carácter expresivo. Así, Proudhon es, sobre todo, espejo de su tiempo y, por tanto, la mirada centrada en su figura, aprehende, como en símbolo y cifra, todo un complejo histórico.

De aquí la eficacia de este bello libro que hoy nos brinda las Editions Stock. Los clásicos han hablado siempre del valor adoctrinador de la Historia, mezclando en el vino de su verdad tanta agua retórica que lo estropeaban. Vale más hablar del valor del propio conocimiento que tiene para el hombre la Historia. En el 48 se modifica la marcha política europea, y sus consecuencias son todavía vida en nuestro rededor. Volver a la semilla de que salió tan deforme y frondoso árbol es aclararnos a nosotros mismos. En este sentido, la lectura de esta obra adoctrina de manera singularmente fecunda, e iluminará, por tanto, superlativamente, este enredado camino nuestro.

B. H. LIDDELL HART: *The other side of the hill*. Cassell and Company Ltd. Londres, Toronto, Melbourne, Sidney y Wellington, 1948, 320 páginas.

Este *Otro lado de la Colina* lleva un subtítulo que dice: «Los Generales de Alemania, su aparición y su caída, y su parecer sobre los acontecimientos militares (1939-45)». Y este subtítulo es suficiente —unido al nombre del autor— para apreciar el libro en todo su interés, como lo aprecia-

ron ya sus muchísimos lectores de Inglaterra, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, al agotar la edición reciente sin que llegara a las librerías de sus respectivas capitales.

En Gran Bretaña el militar escribe poco. En cambio, el cronista bélico ha conseguido una situación prepon-

delante en el ambiente periodístico. Es más: dicho cronista escribe casi siempre en diarios o en revistas que nada o poco tienen de castrenses, y, de este modo, consigue atraer a una serie de hombres apartados de la milicia, y los acostumbra a interesarse en asuntos de importancia extraordinaria para el futuro de sus respectivas colectividades. Todos los ingleses conocen seriamente a Falls, a Liddell Hart y a Fuller (que ya no forman parte del Ejército). Leen siquiera un artículo semanal de cada uno de ellos, y se ocupan de la evolución que sufren las ideas militares cuando aparecen nuevos medios o se confía en inventar nuevos ingenios, y así la táctica y la técnica se vulgarizan fácilmente.

Los artículos son claros y apasionantes; forman parte de actualidades y, para colmo, los autores exponen libremente sus ideas, sin verse en la obligación de seguir la pauta señalada por la guerra que se acaba de ganar o de perder, o en la precisión de defender unos principios que no sean de su agrado.

En este caso, a más de la atracción que todo artículo firmado por Liddell Hart arrastra en pos de sí, ocurre que se trata de una obra que ha sido redactada en consecuencia de una serie de conversaciones sostenidas con los generales más ilustres de la Wehrmacht, y en la cual se estudian varios problemas que empiezan a ser fundamentales para un público que tiende a serenarse.

En su primera parte, el autor presenta un resumen muy notable sobre la evolución sufrida por el Ejército desde el año 1918, pasando por la impulsión que Seeckt le diera, por la orientación que el binomio Blomberg-Fritsch le impuso, por la forma en que Brauchitsch y Halder lo encarrilaron y por el empleo que Rommel, que Zeitler, que Guderian y que Model hicieron de él, y dedica un emocionante capítulo al Mariscal von Rundstedt, que él considera justamente una representación genuina de la vieja estirpe de los soldados prusianos.

En la segunda habla de Hitler y de cómo se adaptó a lo bélico, y del

modo como supo encajar unas lecciones que otro político cualquiera hubiera desdeñado. Realza luego el carácter de un personaje que se halla en condiciones de apreciar cualquier intento destinado a soslayar los moldes anticuados, para, de este modo, crear otro sistema más potente o más perfecto y cooperar al victorioso fin de todo esfuerzo, y analiza, finalmente, en esa misma parte, las ideas de von Thoma y Manteuffel sobre los carros de combate y las grandes unidades acorazadas, para demostrar que el Führer supo asimilarlas perfectamente, a pesar —o en contra— de los criterios tradicionales o de los pareceres apegados a la vieja usanza.

En la tercera y última explica la concepción y el desarrollo de unas decisiones que sirvieron para invadir a Francia, y presenta los fracasos de la política estratégica de los germanos en la frontera pirenaica, en el mar Mediterráneo, en las inmediaciones de Moscú, en la ladera caucásica y en los arrabales de Stalingrado. Habla seguidamente del Ejército de Rusia: de su dureza. Describe la resistencia en Normandía y el resultado fatal de los relevos sucesivos. Da a conocer una información muy detallada sobre Blumentritt, que fué jefe de Estado Mayor de Rundstedt, de von Kluge y después de Model. Refiere las inesperadas desavenencias entre el Mando superior de Normandía y el propio Rommel, comandante de las fuerzas establecidas en primera línea. Explica las razones de unos y otros para aferrarse a unos principios que, en cierto modo, parecían contradictorios, aunque a la postre resultarían semejantes. Demuestra que era lógico que esos dos mandos se coaligaran —luego— para oponerse a Hitler, cuando éste se negaba a retirar de Francia todas las tropas con las cuales se obstinaba en defenderla. Publica varias informaciones sobre el esfuerzo desarrollado por los diversos generales para convencer al Führer de que era inútil continuar la lucha. Ofrece una maravillosa lección de táctica o, más bien, de filosofía de una estrategia que no acaba de constituirse en norma para la guerra, porque la in-

dustria prepondera sobre el campo de batalla y el fracaso se adelanta al resultado que las ideas prometieron. Y acaba diciendo que los generales alemanes de 1939 a 1945 forman la *pléyade más perfecta que la profesión castrense ha producido*, y asegura que, aunque ellos hubiesen conseguido superar su propia calidad con una comprensión más amplia o más profunda de la historia o de los hechos, sólo hubieran logrado —de esa manera— «convertirse en filósofos y dejar de ser soldados».

Y ahora falta únicamente poner en claro el grado de sinceridad de cada uno de los grandes generales que fueron entrevistados por el notable crítico de cuyo libro presentamos tan brevísimas reseña. Pero, en relación a esta materia, ha de tenerse en cuenta

que, si bien los personajes que acaban de pasar por la imponente angustia de ser juzgados como cómplices en el intento de regicidio del mes de julio de 1944 y por la prueba insuperable de recibir del vencedor el título de «criminal de guerra», se hallaban suficientemente avezados en el arte de contestar con dignidad a las preguntas de un extranjero del que sólo conocían la profesión, también es cierto que el autor de *El otro lado de la Colina* conoce profundamente la materia de que trata y ha demostrado —en este caso— la habilidad precisa para buscar lo cierto, escoger lo positivo, comprender lo verdadero, escurrir en lo dudoso y soslayar lo negativo, al entresacar de sus interrogatorios la parte publicada en su interesante libro.

E. LÉVI-PROVENÇAL y EMILIO GARCÍA GÓMEZ: *Sevilla a comienzos del siglo XII*. (El tratado de «Ibn Abdun».) Editorial Moneda y Crédito. Madrid, 1948. 203 págs. con 6 láminas.

En la España medieval, uno de los aspectos menos conocidos es el de la vida urbana de las ciudades andaluzas, que interesa desde muy diversos puntos de vista historiográficos: la política, la economía, la sociología, el derecho, el lenguaje, etc. El librito que vamos a reseñar aporta datos positivos y permite inferencias inmediatas sobre tan vario contenido, aunque sólo sea en forma de hitos o mojones de un camino a desbrozar. Se trata de una «adaptación» al castellano de la versión francesa, publicada por el profesor Lévi-Provençal, de dos manuscritos árabes coincidentes, conservados en Salé y Mequinez, atribuidos a un tal *Ibn Abdun*.

Este misterioso personaje de comienzos del siglo XII en Sevilla, busca en la censura de las costumbres locales el camino del recto ideal islámico. A través de la lectura de los pasajes de su obra se dibuja una imagen sobria, pero de indudable viveza de lo que era la vida hispalense de la época en torno a la mez-

quita mayor de *Ibn Adabbas*, fundada en el siglo IX, hoy convertida en iglesia parroquial del Salvador, y se adivina en el arrabal de la orilla derecha del Guadalquivir, a la sazón con su trasiego de personas y mercaderías en barcas, una importante comunidad mozárabe y el barrio cristiano luego popularizado con el nombre de Triana.

En la primera parte de su sabroso tratado pasa revista sucesiva a los principales cargos o magistraturas comenzando por el Príncipe, acaso el lugarteniente o gobernador, que no debía ser andaluz, sino africano almorávide. Aquí el autor se mueve en consideraciones un tanto ingenuas que pueden situarse en una línea ideal de Platón a Maquiavelo más cerca del primero, que pretenden cualidades que acaso no se daban, y de ahí la pregunta con que cierra el pasaje: ¿Dónde encontraríamos un príncipe así? Creemos que el autor exagera luego la importancia del Cadi y la necesidad de subordinación del Zál-

medina, al que como a los demás cargos gubernativos censura despiadadamente, y somete a la estrecha vigilancia del Cadi. Los cargos de alguna significación deben estar confiados a Alfaquíes. No cabe duda que la sangre y la piedad pugnan por abrirse paso frente a los señores saharianos de rostro velado al reclamar insistentemente *Ibn Abdun* que los principales cargos judiciales y edilicios estén en manos andaluzas y sean conferidos a personas que habrían de reunir ilustración y probidad. ¿Sería él mismo un despechado alfaquí? Como ejemplo del juego de ideas a que se entrega en su empeño, transcribimos íntegro el siguiente pasaje: «Conviene que, como medio político, el cadí finja alguna vez estar enfermo y se excuse de acudir a su puesto, encargando al mismo tiempo al visir que sugiera al jefe del gobierno la conveniencia de ir a visitarlo, para que todo el mundo lo vea y con ello aumente el prestigio del cadí a ojos del pueblo y de los funcionarios del Estado. Igualmente, si el cadí advierte que alguno de los visires quiere perjudicarlo o le tiene envidia, deberá ir a visitarlo en su casa y procurar conciliárselo y poner término a su maledicencia o a su envidia con decirle que está de acuerdo con él en cualquier asunto que haya estudiado de antemano, como subterfugio, y así la hostilidad se trocará en amistad, pues, además, el visir, al ver aquello, se creará obligado a devolverle la visita. Ninguna persona prudente, inteligente y capaz desaprobará que el cadí proceda de este modo, quiero decir, que cuando sepa que se le avecina un mal, se prevenga contra él con astucia y

tacto, y que cuando sepa que se le avecina un bien, procure atraérselo por idénticos medios». Para el autor, como sentencia al final de su obra, si las cosas no andan bien el responsable es el Cadi.

En la segunda parte, trata de des-enmascarar los fraudes y trapacerías de que suelen usar ciertos artesanos y vendedores a la par que propone las medidas conducentes a que el abuso no prospere, señalando la importancia del almotacén, cuyo cargo —dice— es como hermano del de cadí, y, por tanto, conviene que dicho magistrado sea elegido entre personas de parecido rango. De sus agudas advertencias contra la picaresca de soldados y mercaderes de los diversos gremios, acaso aún no organizados corporativamente, de sus prevenciones encaminadas al interés general de la población respecto a mezquitas, cementerios, cárceles, casas de baño, zocos, etc., y en especial del régimen de pesas y medidas, que simbólicamente es tomado para sanción en la frase alcoránica «El que hace el peso de un átomo de bien, lo verá en el otro mundo, y el que hace el peso de un átomo de mal, también lo verá», surge la jornada sevillana de la época con el color y la vida de cualquier ciudad «*hadaria*» de Marruecos. Algunos pasajes hacen interesantes referencias a las comunidades judía y cristiana. La adaptación castellana tiene en esta parte un regusto morisco.

En resumen, un acierto más del profesor García Gómez al dar a la divulgación con su autoridad poética y erudita a la vez la estimable obra de su colega.

HENRY DE LUBAC: *Proudhon et le christianisme*. Collections Esprit. La condition humaine. París, 1945.

Hay libros en donde el autor, persiguiendo una idea fundamental, somete todo un vasto material al imperio sistemático y hermenéutico de ella, y ofrece una interpretación uni-

taria; pero dotada más de ingenio que de precisión, más coherente que exacta. En obras tales el lector tiene una ventaja: admirar el juego dialéctico penetrante con que se borran los

bruscos perfiles, se suprimen diferencias y se armonizan contrarios; pero corre también un grave riesgo: no saber cuál es la mínima —o máxima— diferencia que el autor encubre. Unidos ambos factores objetivos dan como resultado una especie de prestidigitación a la que acompaña en el avisado espectador la subyugada, pero alerta atención de sorprender la clave oculta del juego.

El libro que hoy comentamos del conocido publicista francés Henry de Lubac, *Proudhon et le christianisme*, puede ocupar por propio derecho y con todos los honores un puesto en la especie descrita. Ya el título es equívoco y queda en una zona crepuscular en donde igual puede significar: Proudhon, adversario del cristianismo, que Proudhon, amigo del cristianismo. Desgraciadamente, el autor más parece buscar concomitancias que diferencias. Así, en el preámbulo, Lubac nos dice que con Proudhon hay que hacer «une purification salutaire» (pág. 11), que «jamais, entre lui et nous ne se produit cette rupture totale et définitive qui rend tout dialogue impossible» (ib.); y que es un gran excitador del pensamiento, de siempre renovada actualidad, que «sans nous détourner —bien au contraire— de nos tâches terrestres, nous oblige à réfléchir avec lui sans fin sur les problèmes éternels» (ib.). Y nada más. Ahora bien, como el lector habrá advertido, hay aquí algo positivo, mezclado con dos equívocos: lo positivo es que purificar saludablemente y dialogar —o más bien *dirigirse a*— es una de las funciones más nobles del hombre, que se puede ejercer, por abundancia de corazón, con todos. Incluso más: cabe prescindir de cualquier conexión cordial y, en puro menester científico, toda teoría o actitud merece una exposición rigurosa y fiel, por amor a la verdad y respeto al prójimo. Pero eso no puede llevar a dos equívocos, que se deslizan en las palabras programáticas del libro: ¿Es que esta ausencia de ruptura total y definitiva está condicionada, al menos, por un valor cristiano positivo en Proudhon? ¿Es que esta reflexión so-

bre problemas eternos se debe a que su sangrante crítica del cristianismo tenía una cierta base de exactitud?

El autor parece afirmar estas dos interrogantes. Su proceder viene apoyado en dos bases, que conviene precisar ante todo y que él no ha advertido: en primer lugar, la condicionalidad de toda la cultura europea por el mundo de ideas cristianas. En segundo, en una cierta y limpia actitud personal de Proudhon, dentro de todos sus errores. Especifiquemos. Es muy difícil que un contradictor del cristianismo no tenga en algún momento, no sólo que respetar algún extremo de éste, sino, y sin saberlo, que deslizar alguna idea cristiana. Pero para calificar totalmente su actitud, habrá que ponderar ambas cosas, en función del todo, pues de fragmentos, como de buenas intenciones, está el infierno lleno. En el caso que hoy nos ocupa, tales fragmentos, muy dispersos y sin decisivo valor, no bastan para dejar al lector la impresión, como creemos quiere hacer Lubac, que Proudhon, en el fondo, era un crítico del catolicismo de su tiempo, pero no de todo catolicismo; que por sus esfuerzos fundamentales «se inscribe muy conscientemente, por lo mejor de su pensamiento, en una tradición cristiana» (pág. 233); que es «un gran moralista» (pág. 55); que alguna de sus fórmulas contra «el mito de la Providencia» podemos retenerlas, limitándolas al uso que las destinó Proudhon (entre los que está, según advierte en la página anterior, acusar a la Iglesia de «enervar las conciencias e intimidar los espíritus»); que la lucha de Proudhon contra Dios puede compararse con la de Jacob con el Angel, y es «la condición de toda grandeza» (pág. 293); que la fórmula proudhoniana, que tiene su raíz en Feuerbach: «Dios es la conciencia de la Humanidad», es susceptible de un sentido «exacto y profundo» (pág. 293); que el ideal de Proudhon, fundado en base positivista, de la comunión y reciprocidad, pueda poner en marcha una «mística resueltamente personalista», fundada

en el mismo Evangelio y siguiendo el dogma trinitario..., etc., etc.

Hay aquí una confusión y un error de enfoque. Es indudable que la actitud personal de Proudhon es loable como actitud, en cuanto creyó unas ideas y las sostuvo; y esas convicciones fueron acompañadas de una limpieza de vida; libre, sobre todo, de avaricia y sensualidad. El más grande contradictor de Proudhon, nuestro Donoso Cortés, no dudó en subrayar en él alguna de estas cualidades (V. *Ensayos sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*). Sus más antiguos y más recientes biógrafos así lo indican (v., por ejemplo, Sainte-Beuve y Daniel Halévy). Prudhon se nos presenta en todo su curso biográfico, conservando algo de la sanidad que le da su origen campesino y librándose, por ello, de vicios urbanos: es un amante de la familia; seguro y fiel amigo; generoso, caritativo y sensible para la miseria; con una gran sed de justicia. Algo hay de estimable en este humilde hijo del pueblo, que lucha y que sube, cada vez más, en condición social. En dos fragmentos de sus obras, explica la sustancia de su acción: en uno, advirtiendo que él tiene «sangre campesina» (*Justice*, tomo II, pág. 328); en otro, cantando el humano afán de mejora: «Soy hombre, nos dice, y lo que amo más en el hombre es este belicoso humor que le coloca fuera de toda autoridad, amor y fatalismo» (t. VII, de su *Correspondence*, pág. 99). Es indudable también que toda su obra está llena de un anhelo de reforma social y postula el reinado de la justicia. Pero hasta aquí, y sólo hasta aquí, llega lo positivo. Las sombras pueden más que la luz. En primer lugar, su propia limitación. Prudhon

no llega a ser, como crítico religioso, político o social, una gran figura de la historia del pensamiento humano, y todo expositor de él ha de subrayar temáticamente esta condición menor de su personalidad y de su obra. Muy arraigadas ambas en la época en que viven, comparten todas sus limitaciones: hay en las dos una vaga mezcla de sensiblería, falso utopismo y retórica. La visión proudhoniana del mundo social, sus teorías económicas, su crítica religiosa, carecen de altura y de profundidad. Sin haberse asimilado lo más penetrante del pensamiento racionalista y sin conocer cumplidamente, ni la ciencia sociológica, ni la económica, poco podía hacer y poco hizo. Figura del 48, en él se expresa el anhelo fundamental que empezaba a despuntar en su época: la redención social; pero no adquiere figura dialéctica, ni va a influir decisivamente en el decurso de la cuestión. Pero no es esto sólo: creemos deber de todo expositor católico, unir a esta limitación otra más grave: Proudhon da forma retórica a una serie de afirmaciones inconciliables con la verdad católica y gravemente atentatorias a ella. No hay que ejemplificar, pero, si se hiciera, el lector medio, «aun religiosamente tibio», tendería, a fuer seguro, una sorpresa.

¿Cabe, pues, ni científica ni católicamente, pedir una depuración de Proudhon o, más bien, querernos depurar gracias a Proudhon? No sabemos si el autor aspira a un neoproudhonismo, y confesamos que hemos leído con la mejor intención su obra. Si aspira a él, creemos que, como neoproudhonismo, será ridículo, ya desde el punto de vista científico; y desde el punto de vista confesional, será, en sí mismo, una flagrante contradicción.

CURZIO MALAPARTE: *La Volga nait en Europe*. Editions Domat. París, 1948.

En las columnas del *Corriere della Sera*, y en los archivos de la censura italiana, fueron quedando, a lo largo de la campaña del Eje en tie-

rras de Rusia los artículos que desde los frentes de batalla iba enviando Curzio Malaparte, corresponsal de guerra. Artículos y galeradas cruza-

das con las aspas del lápiz rojo, aparecen ahora integrando un tomo que, para los lectores españoles, es de gran novedad, pese a que el tema no tenga ya vigencia, y hasta, si se quiere, ni gran interés, por el tiempo y los sucesos transcurridos desde que aquéllas fueron escritas hasta el día de hoy.

En el libro de Malaparte, del que haciendo una pequeña historia diremos fué primero prohibido por las bombas aliadas y luego por los ejércitos alemanes, hay que anotar o distinguir, dentro del terreno de la crítica, dos partes que conducen, como es lógico, a dos diferentes posturas. La primera es la de su estilo literario, la segunda la de su contenido político.

Dentro de aquélla no hay nada que objetar al señor Malaparte, escritor de evidente valía y si tan sólo destacar la belleza literaria, el buen idioma que ha puesto al escribir *La Volga Nait en Europe* y que son los mismos que puso ya un día lejano al escribir *La técnica del golpe de Estado*, luego más tarde *L'Europa vivente* y, por último, hace bien poco el *Caput*, ya reseñado debidamente en estas mismas columnas.

Y de un punto de vista donde no podemos hurtar el elogio a fuer de críticos sinceros, pasamos a encontrarnos con la serie de artículos que tienen como principio y como fin el loar, bien que siempre con muchas imágenes floridas y no poca poesía tierna y sentimentaloides, al bolchevismo.

Es verdaderamente inaudito que un europeo como Malaparte, que es a la vez un universitario, con verdadera cultura y un fino entendimiento, no acierte a ver claro en el problema soviético que tantas otras gentes con menor entendimiento, capacidad y cultura que él, han calado ya hondo, viendo con claridad todo su error y también su horror y así lo han proclamado a todos los vientos desde la tribuna, el diario y el libro.

De arriba a abajo, de la cruz a la

fecha, como se suele decir, *La Volga en Europe* es un panfleto rusófilo harto desdichado.

Páginas y más páginas al servicio de Moscú única y exclusivamente. Y de que no somos extremados en el juicio están dándonos la razón los elogios que a las crónicas que hoy lo forman, le dirigieron un día lejano cuando sólo eran artículos periodísticos, Eugenio Reale y Palmiro Togliatti, elementos, como es bien sabido, destacadísimos del comunismo italiano.

Malaparte, que en su calidad política tuvo siempre distintos amigos, se ha enrolado ahora en las filas del comunismo. Naturalmente que no en el de acción, y sí en el de la literatura. De este servicio a Moscú, es un producto claro y neto el libro que ahora reseñamos y que está lleno de injurias y sucesidos más o menos verídicos, más o menos bien contados, a los alemanes y sobre ellos.

Es por la índole comunista de la obra, por su aire antieuropeo, y por esa actitud nada caballeresca de atacar a gentes en derrota —cuando Alemania combatía en Rusia y Malaparte escribía sus crónicas ya estaba derrotada—, por lo que juzgamos a *La Volga nait en Europe* como un libro donde no hay nada valiente, ni tampoco, mucho menos, nada noble.

Un libro que como anticomunistas y como europeos tenemos que entender está frente a nosotros ya que él se atiene dentro del mismo a servir las consignas moscovitas y a ponerse frente a la doctrina de una Europa con noble y bien entendida libertad.

Curzio Malaparte ha escrito directamente en lengua francesa un prólogo para este libro. Aquél es, al igual que las crónicas, un florido alegato comunistoide a la vez que una historia, entre bastidores, de su obra.

En este prologuillo no faltan algunas filosofías que no tienen ni mucha ni poca hondura.

La obra, traducida del italiano al francés por Mlle. Juliette Bertrand, tiene un buen idioma y la edición es en extremo agradable y cuidada.

LEÓN MARTÍN-GRANIZO: *Los orígenes de la Marina española*. Madrid, 1947-

Escribir sobre la Marina española, sea cual sea el interés que lo justifique, es siempre una empresa laudable. Nuestra bibliografía a este respecto es tan escasa y tan insuficiente —con las excepciones de todos conocidas— que el estudioso del tema no tiene a mano en lengua española un material mínimo con el que satisfacer su curiosidad. Teniendo en cuenta esto es de aplaudir la diligencia del señor Martín-Granizo y la publicación de su libro *Los orígenes de la Marina española*. Este es la Conferencia pronunciada por el autor en la Escuela Social de Santiago de Galicia, el día 10 de mayo de 1947, ampliada y completada con varios apéndices y una breve bibliografía.

En cuatro capítulos divide el autor su libro. Estos son: «Los orígenes», «Astilleros visigodos», «Cristianos y Arabes», «Marinas regionales», «Marina española». A continuación van como apéndices unos trozos de Schulten, de Masdeu, del Bayan al-Mugrib, etcétera. Para terminar con la pequeña bibliografía y una advertencia en la que se avisa al lector que en la confección de su trabajo el autor se ha limitado deliberadamente al uso de libros españoles, prescindiendo de los extranjeros, a los que son tan aficionados los jóvenes».

El libro tiene sus excelencias y sus deficiencias. Entre las primeras destacan la sencillez con que está redactado y concebido y el ordenado manejo de los testimonios que utiliza, casi siempre escritos; entre las segundas la parvedad de la información extraliteraria que hace que la primera parte esté descartada hoy por los resultados positivos que los arqueólogos y técnicos han establecido

definitivamente, y el deliberado y extraño propósito del autor de prescindir de los autores de lengua no española, procedimiento ilegítimo en la investigación histórica, toda vez que no existe posibilidad de trazar los límites de la historia de una nación que haya poseído una jerarquía mínimamente considerable en la vida universal. La importancia de una nación está justamente en relación directa con el grado de la imprecisión de sus fronteras, desde las físicas hasta las puramente espirituales. Tendríamos que poseer una nación de naturaleza puramente divina para que pudiera cumplirse y justificarse en sí misma. O sea, en resumidas cuentas, que la historia, miresse por donde se mire, se presenta en conexión de totalidad, y es arbitrario individualizar radicalmente una nación apoyándose en peculiaridades psicológicas o geográficas. Por esto, el señor Martín-Granizo olvida muchas cosas y quita a su trabajo el valor principal de la objetividad. Y es lástima, porque el señor Martín-Granizo puede tratar el asunto con eficacia sin tener que quedarse parado cuando el comentario crítico se impone.

Con todo, no hay que olvidar que se trata de un trabajo de divulgación al que no cabe pedir que presente los resultados de investigaciones y análisis sobre la materia estudiada. Sería demasiado. El señor Martín-Granizo sólo se ha propuesto hilarvanar los datos conocidos para presentar el cuadro de los orígenes de la Marina española a un público de lectores poco exigentes. Pero este propósito, ya por sí insignificante, no autoriza a tratar el tema livianamente dando de lado a exigencias ineludibles.

ANDRÉ FRANÇOIS-PONCET: *Souvenirs d'une Ambassade à Berlin*. Flammarion-París, 1947. 356 págs.

En estos últimos años, diversos embajadores de Francia han dado a la estampa los recuerdos de su estancia en las capitales donde el pulso de Europa latía acelerado. No por ello la obra de M. François-Poncet ha de ser tenido por una más del género. Por el contrario, dentro de la abundante producción de memorias que ha florecido en la postguerra, se clasifica la suya en un lugar aparte por la preocupación de seriedad de sus informaciones y la profundidad del conocimiento que muestra tener de Alemania, de sus problemas, de su cultura, idioma y costumbres, y, muy especialmente, de ese conjunto de tendencias e ideales que confiere a un pueblo un carácter propio que influye en sus destinos.

Enviado a Berlín en 1931, después de la visita del Canciller Brüning a París, M. François-Poncet encontró una Alemania presa de la confusión, con un Gobierno que intentaba reforzar su insegura posición interior con éxitos en las negociaciones con el exterior, generalmente mal interpretadas por el pueblo que resbalaba por la pendiente de la xenofobia. Monsieur François-Poncet pudo estudiar de cerca las circunstancias que llevaron a Hitler al poder, aupado por los partidos derechistas y moderados que vieron en él un medio de esquivar la responsabilidad directa del mando después del fracaso de von Papen, aun sin soltar del todo las riendas del Gobierno mediante la presencia en el mismo de unos cuantos elementos de su filiación política. Es, por tanto, la historia del advenimiento, propagación y consolidación del nacional-socialismo, que ha escrito el representante de Francia en Berlín, muy oportunamente asomado a la ventana de su Embajada, todos los sentidos despiertos para percibir una sorda amenaza contra su país en los clamores de triunfo del nuevo régimen, en el leve crujido de la des-

aparición de los partidos políticos, en la depuración espectacular de 1934 y demás acontecimientos internos cuyo desarrollo, indudablemente, influía en la política exterior del III Reich. Esta, como es lógico, retiene especialmente la atención de M. François-Poncet, aunque en su exposición no la desliga nunca totalmente de los demás aspectos que presenta la marcha incoercible de esa máquina de extraordinario dinamismo que fué el nacional-socialismo, y cuya potencia acrecentaban los obstáculos que encontraba en su camino, fueran éstos internos (partido comunista, socialista, oposición de católicos y protestantes) o externos (Locarno, Stresa, acuerdos de Múnich).

Embajador de espíritu curioso, M. François-Poncet nos expone el resultado de sus investigaciones y reflexiones en relación con no pocos episodios del III Reich, cuya versión oficial no aparecía como excesivamente clara. El incendio del Reichstag, las depuraciones de 30 de junio de 1934, el asesinato de Dollfuss, la muerte y testamento de Hindenburg, la caída de von Fritsch, los múltiples incidentes de la lucha entre el Partido y la Reichswehr, que duró diez años y culminó con el complot de 20 de julio de 1944, son otros tantos sucesos ante los cuales se detiene el autor de *Souvenirs d'une Ambassade à Berlin*. Puede o no suscribirse a las conclusiones del embajador francés; ello no impide que los datos que aporta no han de ser desechados por nadie que quiera estudiar la historia del nacional-socialismo. Asimismo, en lo que respecta a las relaciones entre Alemania, Francia e Inglaterra, se puede sustentar otro criterio que el de M. François-Poncet, y no compartir la opinión, por ejemplo, de que Inglaterra fué la que torpedeó reiteradamente las decisiones de Francia, como sucedió, en par-

ticular, con motivo del rearme alemán, ocupación de la zona desmilitarizada de Renania, y en otra ocasión menos conocida, pero acaso no menos importante, cuando, por indicación de Schacht, el gobierno de León Blum se inclinaba a dar a Alemania un espacio vital en el centro de África, tropezando entonces con la oposición rotunda del Gabinete de Londres. Habrá quien discuta si es cierto que la responsabilidad de la iniciación y el resultado de la Conferencia de Munich incumbe plenamente a la Gran Bretaña, y no considere, con M. François-Poncet, que los acuerdos firmados fueron la resultante lógica de una política de concesiones y debilidad inspirada por Inglaterra y seguida por Francia, y que es imposible aislar de un conjunto de claudicaciones, inexorablemente ligadas entre sí, de suerte que no se puede independizar el episodio de

la desmembración de Checoslovaquia de la anexión de Austria, acaecida seis meses antes. Lo que de todos modos tiene un destacado interés es el relato detallado de las negociaciones, desconocidas del gran público, a que daba lugar cada nuevo picotazo del águila del III Reich. Finalmente, habrán de ser tenidas en cuenta por el biógrafo del futuro las semblanzas que traza de los prohombres del nazismo, sin afán caricaturesco, sin rencorosa ironía, con pluma rápida y precisa, con hondo sentido humano.

En este sentido humano, diríamos que humanista del mejor estilo, el que presta a la obra una admirable palpitación de vida y a los juicios de M. François-Poncet, por severos que aparezcan, una cierta serenidad, rara vez compatible con un patriotismo sincero.

WILLIAM TOMAS WALSH: *Personajes de la Inquisición*. Trad. por Isabel de Ambid. Prólogo de Cayetano Alcázar. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1948.

La revisión histórica de algunas figuras de la Inquisición ha dado pie al insigne historiador e hispanista norteamericano para enfrentarse con uno de los temas más arduos de la historia eclesiástica y, concretamente, de la historia de España. La Inquisición, cuya polémica ya estalló en el mismo reinado de los Reyes Católicos, ha creado para el mundo moderno un abigarrado problema de beatería, intolerancia y crueldades, pese a su limpio significado primitivo de «investigación». Sus principales historiadores —un español, Llorente, y un norteamericano, Lea—, aunque fundados en una extensa documentación, parcialmente utilizada y falsamente interpretada, no han hecho sino divulgar sus propios prejuicios y posturas apasionadas ante la Iglesia. El recorrido histórico de Walsh contribuirá, sin duda, a esclarecer los momentos y las actitudes sobresalientes en el proceso de la famosa Inquisición.

La mirada de Walsh se desarrolla en un amplio panorama, en cuyo horizonte surge la figura de Moisés como primer inquisidor auténtico, en la misma acepción en que Torquemada habría admitido la palabra. El autor da luego un salto de veinticinco siglos y fija minuciosamente la motivación —de carácter político y religioso— del nacimiento de la nueva entidad investigadora bajo el Papa Gregorio IX; todavía dedica un capítulo, el tercero, a Bernardo Gui, para consagrar luego Walsh toda su atención a personajes y temas centrales de la Inquisición española: Nicolás Eymerich, Torquemada, el Cardenal Cisneros. Sus últimos capítulos van destinados a varios procesos del siglo XVI —entre ellos, los del Arzobispo Carranza, de Fray Luis de León y de Antonio Pérez— y a un estudio del desacreditado personaje del Santo Oficio, Juan Antonio Llorente, con el cual muere para siempre la Inquisición española.

Alude seguidamente el escritor norteamericano, uno de los pocos que hoy descuellan por su ecuanimidad, a la pervivencia de la Inquisición romana en la Congregación del Santo Oficio y, con ello, a algunos de los males característicos de nuestro tiempo: el aislamiento del alma humana de Dios, la confusión intelectual, el totalitarismo, la masonería, el problema judío.

El tema español prevalece, como puede verse, sobre los demás, en esta obra de Walsh, cautivándolo, sin duda, por su deseo de hacer una de las más fervorosas y enérgicas reivindicaciones históricas. Su tono es simplemente el del apologista, basado en un profundo sentido de inteligencia y cultura, en un valioso acopio de documentos, cartas, libros y relatos de testigos. Quizá pensará alguien en ciertos momentos —como en la polémica entablada entre Eymerich y los lulistas— que el es-

fuerzo de la defensa conduce a Walsh a caminos arriesgados. Téngase, sin embargo, siempre presente esta rotunda aseveración: «La Inquisición no atacó el espíritu intelectual de la Edad Media. Por el contrario, lo estimuló procurando conservarlo vivo».

Para Cayetano Alcázar es este libro de Walsh sobre la Inquisición «una de las mejores obras que se han escrito en los tiempos modernos». El gesto decidido de Walsh no deja de ser impresionante en esta época, en que hasta la terminología política y social sufre una grave crisis. Pocos han sabido interpretar como el historiador norteamericano el espíritu del pasado mediante un original proceso de la mente, por el cual los parangones y los paralelismos históricos abren el pensamiento a insospechados horizontes de comprensión y confieren al rigor científico la amenidad de una novela.

LEOPOLD VON WIESE: *Ethik in der Schauweise der Wissenschaften vom Menschen und von der Gesellschaft*. Francke A. G. Verlag, Berna, 1947. 443 págs.

El conocido sociólogo continúa con la obra que tenemos a la vista una serie de publicaciones que pertenecen a la zona de tránsito entre la antropología y sociología, por un lado, y la ética, por el otro, y que todas ellas, desde luego, giran en torno del deber ser en la vida humana. A esta serie se incorporan, prescindiendo del libro reseñado, los siguientes trabajos de von Wiese: *Gedanken über Menschlichkeit* (Pensamientos sobre humanidad) (Duncker y Humblot, 1915, München y Leipzig) y *Homo sum, Gedanken zu einer zusammenfassenden Anthropologie* (Homo sum, pensamientos tendentes a una antropología sintética) (Jena, 1940, Gustav Fischer).

El tratado del insigne autor se inspira en varias ideas directrices. Una de ellas consiste en hacer hincapié en el egoísmo colectivo y en militar a favor de su abolición. Otra aboga por

un pluralismo de principios éticos, cada uno de ellos de validez solamente relativa. Una tercera idea directriz pone de relieve la importancia de las situaciones y sus repercusiones sobre el contenido de las máximas de la ética. Una cuarta exigencia, por último, clama por la disminución de los sufrimientos en este valle de lágrimas.

Von Wiese centra todos sus pensamientos en el individuo. Por diferentes que los hombres sean en el curso de la historia y en las diversas latitudes, no obstante, existen numerosos rasgos humanos comunes frente a los cuales cualquier consideración ética debe tomar posición. Estos rasgos comunes son: 1.º Todo hombre tiene un cuerpo de determinada constitución. 2.º El hombre sufre y disfruta, se siente como un yo frente al mundo circundante. 3.º Cada uno espera que la vida le traiga el cumplimiento de sus deseos tendentes a me-

tas muy diferentes, como, por ejemplo, dicha, lucha, victoria, amor, perfección, etc. 4.º Sin embargo, cada cual, en desviación de sus deseos, se ve enfrentado con tareas y deberes. 5.º Cada uno sufre muchísimos engaños; pero, a veces, también experimenta una concordia de deseos y deberes. 6.º El hombre aprende. 7.º El hombre lleva a cabo su vida conforme a una curva que suele ascender hasta un punto culminante y descender desde el mismo, pudiendo, no obstante, transcurrir también de tracto diverso. 8.º El hombre es mortal. 9.º Nadie conoce el sentido de su vida. Mas el hombre intenta explorarle. 10. Cada uno depende de instintos y pasiones; a veces el hombre es gobernado por sentimientos nobles o por inteligencias. 11. El hombre es protagonista en un drama, cuyos actos antecedentes no conoce sino de manera incompleta, y cuyos actos ulteriores y finales ignora por completo.

La ética es, o ética individual, o ética social. La ética individual, a su vez, se subdivide en ética singular, que regula las relaciones entre el hombre y Dios y la naturaleza, y en ética individual interhumana que trata de las relaciones entre los hombres. La ética social, por su parte, puede, o enfocar las relaciones entre los individuos y los entes sociales, o puede contemplar la ética de estos últimos.

El interés recae, ante todo, sobre la ética social, ya que la ética individual ha sido reglamentada exhaustivamente por la Religión. La ética social, pues, tiene el carácter de una institución social. Sin embargo, este carácter se debilita en la medida en que la política y el Derecho asumen funciones que antes fueron desempeñadas por la moral. La ética social, a diferencia de la individual, se basa, por consiguiente, más en necesidades exteriores que en sentimientos. La ética social es heterónoma: se compone de exigencias que autoridades sociales estatuyen respecto al hombre. El hombre puede aceptar estas exigencias como propias, con lo cual la ética social se convierte en ética individual. La meta de la ética social es, en primer lugar, el aseguramiento de la

convivencia, y en segundo lugar, la mejora del valor intrínseco del trabajo. Los intereses colectivos intervienen, por tanto, considerablemente en la ética social. Por el otro lado, creemos que la ética, en general, se caracteriza por contener aquellos deberes que no se pueden deducir de intereses propios o ajenos, individuales o sociales. He aquí, precisamente, la diferencia entre la ética, por un lado, y la política, economía y Derecho, por el otro. Por consiguiente, la ética social es una ética inferior, puesto que constituye una mezcla de ética con la persecución de intereses colectivos. Los intereses que hacen su aparición en la ética social proceden, principalmente, de la política y del Derecho; así, se introducen como predominantes en la ética social los principios del orden y de la justicia. La ética social más bien combate lo malo a que intente desarrollar lo bueno; es, por ende, más negativa que la ética individual. Esta su tendencia negativa es un corolario de los principios del orden y de la justicia. Se quieren evitar y suprimir perturbaciones de la convivencia. En el interior de la comunidad se aspira a que los hombres se lleven bien los unos con los otros. La ética social gira, como se ve, en torno a valores de segundo rango, cuya imposición, no obstante, es absolutamente necesaria. Von Wiese cita las palabras de Nicolai Hartman: «Los delitos más graves se cometen contra los valores más bajos; pero el mérito moral supremo se refiere a los valores más altos». Sin embargo, el ente social aspira también al aumento de trabajo y, por consiguiente, estimula la voluntad hacia lo bueno y los valores altos. Por más que la vida corporativa se ennoblezca, más se acerca la ética social a los imperativos de la ética individual. Una gran parte de las doctrinas de la llamada ética social pertenecen a los territorios limítrofes, que pueden ser denominados los ético-jurídicos y los ético-políticos. Así, por ejemplo, se enmarcan en el círculo de los problemas ético-jurídicos el del crimen y la lucha contra el mismo; por ello, también, el problema de la pena.

Von Wiese distingue tipos positivos y negativos de la ética social. Los tipos positivos proclaman, o una ética de la comunidad absoluta, o una ética de la justicia, o una ética aristocrática, o, por último, una ética de compasión con los oprimidos. El tipo negativo, estatuido por el autor, milita a favor de una ética del individuo absoluto, o sea a favor de una sociedad que permita el perfeccionamiento del individuo.

En todas las páginas de la voluminosa obra de von Wiese hace aparición un espíritu lleno de moderación

y de sabiduría. Von Wiese juzga a hombres y a doctrinas con la experiencia de una larga vida, con la clemencia de un hombre benigno y con la comprensión de un gran sabio. Sin desconocer la innegable importancia de la sociedad y de sus específicas exigencias, von Wiese se inclina hacia un enfoque individualista del problema ético. Para quienes la ética forma parte de la religión, no puede haber ni siquiera dudas sobre este particular. El libro abunda, además, en interesantes perspectivas históricas y en críticas de doctrinas ajenas.

ECOS BIBLIOGRAFICOS

En esta sección adelantamos a los lectores una concisa indicación de algunas de las obras, sobre todo extranjeras, últimamente aparecidas en el ámbito propio de nuestras tareas. Lo que no obsta para que, en ulteriores números, las publicaciones periódicas del Instituto de Estudios Políticos se ocupen con mayor detenimiento, en «recensión» crítica o en amplia «noticia de libros», de aquéllas que reclamen la especial atención de sus colaboradores.

DERECHO

GIACOBELLI, Giacomo: *La giustizia amministrativa*. Istituto Editoriale Cisalpino, Milán, 1948. 328 págs.

Estudio doctrinal de la materia, rigurosamente adaptado al Derecho positivo, y en el que se da una especial importancia a los recursos administrativos. No se desdeña la cita de las más autorizadas opiniones, lo que hace de esta obra un excelente elemento de consulta para teóricos y prácticos.

BRIERLY, J. L.: *Die Zukunft des Völkerrechts*. Europa-Verlag, Zurich, 1947. 192 págs.

Se trata de la versión alemana de la última obra de Brierly —*The outlook for international law*—, ampliada por el traductor y presentada en un prólogo de Dietrich Schindler, en que se subraya el fundamento sociológico del derecho internacional que, de acuerdo con el método del autor, considera necesario explorar, para que la base pueda presentarse con la requerida consistencia. En este intento de separar al Derecho internacional de lo puramente normativo y de situarlo en el terreno sociológico, destacan ciertos capítulos del estudio, como los que se refieren a los intereses vitales de los Estados; los que tratan de los progresos realizados por el Derecho internacional desde el Pacto de la Sociedad de las Naciones y a partir de

la constitución de las Naciones Unidas; y el final, que se ocupa del arreglo de las diferencias surgidas entre los diversos Estados.

Cour Internationale de Justice. Annuaire 1946-1947. W. Sijthoff, Leiden. 236 págs.

Anuario en el que se expone, con carácter de divulgación, cuanto se relaciona con el nuevo Tribunal de Justicia Internacional. El volumen abarca, en diez capítulos, la Constitución del Tribunal y la organización de su Secretaría, el Estatuto, las sesiones y fallos, el asunto del Canal de Corfú, los procedimientos, las publicaciones del Tribunal, los medios financieros del mismo y la pertinente bibliografía. El capítulo décimo comparte con el segundo lo relativo a la competencia del Tribunal de Justicia Internacional.

GUGGENHEIM, P.: *Lehrbuch des Völkerrechts*. Verl. für Recht und Gesellschaft, Basilea, 1.ª entrega. 159 págs.

El internacionalista Paul Guggenheim, catedrático de la Universidad de Ginebra, muy conocido por anteriores publicaciones de su especialidad, acaba de iniciar ésta que tiene el mérito de presentar el Derecho internacional ilustrado con la práctica de los diversos Estados, y muy especialmente, de Suiza. Esta primera entrega trata de tres grupos de problemas:

El referente a los fundamentos del Derecho internacional, el de su relación con el Derecho nacional y el de la creación del Derecho internacional, parte ésta la más importante entre lo que hasta ahora va publicado. Lo mismo que Kelsen, Guggenheim considera al Derecho internacional como un ordenamiento consuetudinario de tipo imperativo, y no admite que encuentre su razón de ser en el Derecho natural.

NADELMANN, Kurt H.: *Legal Treatment of foreign and domestic creditors (Law and Contemporary Problems)*. Duke University, Durham, N. C. 697-712 págs.

Este trabajo forma parte del número de primavera de la Revista jurídica de la Duke University, consagrada esta vez al tema de las trabas al comercio internacional. El autor va analizando, una por una, todas las discriminaciones que en el procedimiento de la quiebra sufre el acreedor extranjero, consistentes, ya en una prioridad otorgada al acreedor nacional, ya en otras formas de defensa de los intereses propios. Nadelmann propone la manera de evitar estos obstáculos, que cooperan a la inseguridad del comercio entre los pueblos, trayendo a colación las opiniones y soluciones preconizadas por los internacionalistas más calificados.

The British Yearbook of international law. 1946. Año VII. Oxford Univ. Press, 1947. 535 págs.

Se inicia este nutrido anuario con un trabajo del profesor Lauterpacht, su actual editor, consagrado a Hugo Grocio, con motivo del tercer centenario de su muerte. El núcleo de este importante estudio lo constituye la demostración de que el Estado es para Grocio una comunidad humana, incorporada a la comunidad general, con lo que se aleja de la tesis del Estado Leviathan, sostenida por Hobbes y más tarde por Hegel. Por este ca-

mino, Grocio desemboca en el reconocimiento de un derecho natural obligatorio para todos y que, en definitiva, constituye la base de los ordenamientos jurídicos positivos. El volumen contiene, entre otros, varios trabajos sobre la Carta de las Naciones Unidas, y uno de Jennings acerca de la ocupación de Alemania: «Government in Commission». Figuran también en él documentados estudios del botín de guerra, del reconocimiento de las sentencias de divorcio de los Tribunales norteamericanos y una reseña del Derecho italiano de presas entre el 1940 y el 1943.

THIME, H.: *Das Naturrecht und die europäische Privatrechtsgeschichte*. Verlag von Helbing und Lichtenhahn, Basilea, 1947.

El autor, defensor del Derecho natural, presenta una visión general de la fundamentación jusnaturalista del Derecho privado europeo. Destaca en este trabajo el gran conocimiento que Thime posee de la pertinente literatura.

DERECHO POLÍTICO

CARBONE, C.: *La consuetudine nel diritto costituzionale*. Cedam, Padua y Milán, 1948. VII-119 págs.

Examina Carbone las características que la costumbre presenta en el derecho constitucional y la influencia que ha ejercido en la evolución del mismo. La primera de todas esas características consiste, claro está, en que son sólo los órganos constitucionales del Estado los que pueden intervenir en la formación de una costumbre constitucional. Se destaca, sobre todo, la importancia de esta especial fuente del Derecho en el sistema inglés. En el capítulo tercero se examinan, en particular, los casos del gobierno de Gabinete y la competencia del jefe del Estado en la concesión de

amnistías. El trabajo concluye con algunas consideraciones y ejemplos sobre la costumbre derogatoria.

FALZONE, Vittorio: *Costituzione della Repubblica italiana*. Texto definitivo, comentario y notas a sus artículos. Colombo, Roma, 1948. 88 págs.

Presenta el autor —primer redactor en la Asamblea constituyente— la nueva Constitución italiana, glossada con notas y apostillas al texto definitivo, entresacadas de las discusiones de las que resultó el texto constitucional. El lector encontrará en este trabajo no sólo la génesis de muchos de los preceptos, sino también otros elementos muy útiles para la interpretación de los mismos.

HISTORIA DE LAS IDEAS

GOETZ-GIREY, R.: *La pensée syndicale française. Militants et théoriciens*. Armand Colin, París, 1948.

La obra resulta muy apropiada para quien busque hacerse cargo de la moderna crisis del sindicalismo. Sin desatender la exposición de las ideas de los propios sindicatos, da una especial importancia al estudio de los teóricos del sindicalismo, algunas de cuyas concepciones replantea, con gran claridad, en sus trazos más esenciales, recurriendo siempre a referencias precisas, muy abundantes en todo el estudio.

BLEROY, Maxime: *Histoire des idées sociales en France*. Tomo I: «De Montesquieu a Robespierre». Gallimard, París, 1947. 385 págs.

Este famoso historiador francés, que en tantos estudios diversos ha perseguido el fenómeno social, le consagra ahora otra obra. Empieza Leroy por distinguir lo social de lo político, en la época a que se refiere, enten-

diendo por social lo que atañe al pueblo y al trabajo, y por político, lo que se refiere a la organización del poder burgués; pero pronto llega a la conclusión de que se habrá logrado un gran progreso cuando se cese de concebir lo social y lo político como cosas extrañas la una a la otra, dado que apenas existe antinomia entre los dos conceptos. Leroy, que se ensaña con Guizot, es, en cambio, un decidido defensor de Saint-Simon, y un gran entusiasta de Rousseau.

PIRENNE, H.: *Sozial-und Wirtschaftsgeschichte Europas im Mittelalter*. Franke-Verlag, Berna, 1948.

El volumen, en que el notable historiador presenta el resultado de sus investigaciones sobre las condiciones sociales y económicas de Europa desde el siglo XI a mediados del XV, forma parte de la Colección Dalt. Su extensa bibliografía lo hace casi indispensable como complemento del estudio político general de la época que abarca. Trata, con especial esmero y acopio de materiales, el tránsito de la estructura eminentemente agraria del imperio carolingio, al período mercantil y de la artesanía industrializada, propio de fines de la Edad Media.

RUSELL, Bertrand: *History of Western Philosophy and its Connection with Political and Social Circumstances from the Earliest Times to the Present Day*. G. Allen & Unwin, Londres, 1947. 916 págs.

Pese a su título, la obra de Lord Russell es, más bien que una historia de la filosofía, la historia del pensamiento occidental, presentada en el ambiente de los acontecimientos de cada período. El título resulta, sin embargo, justificado, pues el autor considera a la filosofía como causa y como efecto a la vez del carácter de las diversas comunidades sociales en que surgen los sistemas filosóficos. Al ocuparse de este libro, la crítica extranjera destaca el ingenio con que el autor expone la materia y lo ori-

ginal de sus juicios, basados, sin embargo, en las opiniones comunes del mundo culto; pero le moteja la carencia de la documentación requerida para el apoyo de las tesis.

WHITFIELD, J. H.: *Machiavelli*, Raul Blackwell, Oxford, 1947. 168 páginas.

Estudio en que se trata de comprender humanamente al autor de *El Príncipe*, procurando seguir, sin solución de continuidad, el hilo de su pensamiento. Lo que se hace no sólo a través de la más conocida de sus obras, sino también de las *Historias florentinas* y de *El arte de la guerra*, que Whitfield ha entresacado cuidadosamente, y sin echar en olvido a algunos comentaristas y críticos de Maquiavelo, en cuanto pueden ayudar a reconstituir su concepción. La obra merece ser citada por representar un intento inglés de reivindicación de la honestidad de Maquiavelo, más bien que por sus aportaciones a un tema que ha sido ya tratado mucho más fundamentalmente por Croce, Meinecke y otros especialistas, cuyos nombres no figuran entre los consultados por el autor británico.

SOCIOLOGIA

FRIEDMANN, Georges: *Problèmes humains du machinisme industriel*. Gallimard, París, 1947. 390 págs.

Friedmann, autor de un conocido estudio sobre Leibniz y Espinosa, ha iniciado en 1936 un tríptico de publicaciones, bajo el título general de *Machinisme et Humanisme*, con el volumen sobre la *Crise du progrès*. El libro de que ahora damos cuenta, constituye el núcleo central de su tríptico, que concluirá con el análisis, en un tercer tomo, del conjunto de problemas que la civilización técnica plantea. Friedmann defiende no ser indispensable que, como muchos temen, el obrero quede reducido a una mera máquina, sino que puede mantenerse «humano» si se practica «una triple valoración de su trabajo», es decir, una valoración «intelectual», una valoración «moral» y una valoración «social»; conceptos que el autor explana con el conocimiento de causa recogido en los varios talleres en que ha hecho en su juventud un aprendizaje mecánico y en los que ha realizado después numerosas encuestas para documentar sus trabajos.



REVISTA DE REVISTAS

